EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

UNA NIÑA.

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN VERSO.

Precio, 6 reales.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N 9.
1861.

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Líricas de la Galeria

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil:..
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobelza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y celucas.
Amar por señas.
A falta de pan...

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Canizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Cómo se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo à cuchilladas.
Costumbres politicas.
Contrastes.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El Niño perdido.
El querer y el rascar....
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El oneeno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El Licenciado Vidriera.
¡En crisis!!!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes.
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español á las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lagrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.

Los Amantes de Chinchon.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos esp
Los dos inseparables.
La pesadilla de un case

La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis
La posdata de una cart
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres.
Los Amantes de Teruel
La verdad en el Espej
La banda de la Condes
La esposa de Sancho el
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Dilu
La gloria del arte.
La Gitanilla de Madri
La Madre de San Fern
Las flores de Don Jua
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Floren
La Archiduquesita.
La escuela de los ami
La escuela de los per
La escala del poder.
Las cuatro estacione
La Providencia
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la C
La ninfa Iris.
La dicha en el bien a
La mujer del pueblo
Las bodas de Camach
La Cruz del misterio
Los pobres de Madri
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castill
La calle de la Mont
Los pecados de los p
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda cenicien
La peor cuña.
La choza del almad
Los patriotas.
La peor cuña.
Los lazos del vicio.
Los molinos de vie

Llueven hijos.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrin
Martin Zurbano.
Marta y Maria.

UNA NIÑA.

ZARZUELA EN UN ACTO,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON FRANCISCO CAMPRODON.

MÚSICA DE

DON JOAQUIN GAZTAMBIDE.

Representada por primera vez en el teatro de la Zarzuela el 24 de Abril de 1861.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. HORRAS

N.º de la procedencia

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ. FACTOR, 9.
1861.

PERSONAJES.	ACTORES.
ADELA, 15 años.....	Doña Trinidad Ramos.
MARIA, criada, 25 años.	Doña Dolores Fernandez.
EL CORONEL ALMENARA, 82.....	D. Vicente Caltañazor.
RICARDO, 25.....	D. Ramon Cubero.
MATIAS, maestro de escuela, 34.....	D. Francisco Arderius.

Época, 1820.

La propiedad del libreto de esta zarzuela, la del de

El Dominó azul.
Los Diamantes de la Corona.
Tres para una.
Guerra á muerte.
Marina.
El Vizconde.
El Diablo en el poder.
El Lancero.
Juan Lanas.
Una vieja.
El Relámpago.
La Jardinera.
Por conquista.
Un Pleito.
Beltran el aventurero.
Un Cocinero.
¡Quien manda manda!!
El diablo las carga.
El zapatero y el banquero
El gran bandido.

y la de los dramas

Flor de un dia.
Espinas de una flor.
Libertinaje y pasion.
Una ráfaga.

pertenece á D. Francisco Camprodon, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en los teatros de España y sus posesiones, ni en los de Francia y las suyas.

Los corresponsales de la galeria dramática y lírica titulada El Teatro, *son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.*

AL EXCMO. SEÑOR

D. Domingo Dulce y Garay,

MARQUÉS DE CASTEL FLORITE,

En pago de deuda de buena amistad de su afectísimo

F. Camprodon.

720856

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/unaniazarzuelaen00gazt

ACTO ÚNICO.

El teatro representa la sala baja de una quinta: puerta al fondo con dos grandes rejas á cada lado: otra puerta á la izquierda del actor. Mueblaje elegante de la época. Mesa con pupitre para escribir y dibujar, en primer término izquierda. Velador con una butaca en primer término, derecha. Vista por las puertas del fondo á un parque de frondosos árboles.

ESCENA PRIMERA.

MATIAS, saliendo de la puerta izquierda, y RICARDO, entrando por la del fondo.

RICARDO. ¿El coronel Almenara?
MATIAS. No llegó aun, caballero;
pero no puede tardar.
RICARDO. ¿Salió tal vez de paseo?
MATIAS. ¡Cá! no, señor: don Rodrigo
está en Sevilla hace tiempo,
solo que hoy debe llegar
á empezar el veraneo.
RICARDO. ¿Qué novedades son estas?
¿ya no vive aqui de asiento?
MATIAS. No, señor; hace diez meses
que no le hemos visto el pelo:
la última vez que vino
se trajo todo un colegio
de niñas con él, y entre ellas

una muy guapa por cierto,
que saltaban y brincaban
y armaban aqui un jaleo!...
y al amo se le caia
la baba, viendo sus juegos:
como tiene aquella pasta
el buen señor...

RICARDO. En efecto;
pocos hombres en la tierra
han hecho el bien que él ha hecho:
su vejez es la tranquila
tarde de un dia sereno.
Yo le debo á su bondad
mi educacion, mi buen crédito,
y ademas le debo...

MATIAS. Toma,
aqui todos le debemos.
Empiece usted á contar
por mí, Matias Barnuevo,
que soy maestro por él
de los párvulos del pueblo,
lo cual traducido en cuartos
dá apenas para el puchero,
porque en España las letras...
y cuenta que yo la tengo
castiza española.

RICARDO. ¡Hola!

MATIAS. Con perfiles y floreos,
sobre todo en las mayúsculas;
pero ya se vé, el gobierno
tiene tanto á que atender,
que nuestro buen amo, viendo
el poco jugo que el hombre
puede sacar de un tintero
con una pluma de ganso,
añadió el rasgo benévolo
de nombrarme mayordomo
de esta hacienda, y asi puedo
llevar al producto líquido
de las letras, un aumento
que añadido al cociente
dá un mas, que destruye el menos.

RICARDO. Me alegro que usted le deba
su bienestar, y le ruego
que en el momento que llegue,
me dispense usté el obsequio
de entregarle esta tarjeta
y avisarme.
(Durante estos últimos versos, Matias se habrá dirigido á mirar por la reja del fondo izquierda hácia fuera.)
MATIAS. ¡Dios eterno!
RICARDO. ¿Qué tiene usted?
MATIAS. Nada, nada;
siga usted, que estoy oyendo.
RICARDO. Decia que asi que llegue
don Rodrigo...
MATIAS. (Ap.) Ya la veo.
RICARDO. ¿Pero atiende usted ó no?
MATIAS. (Viniendo.)
Perdone usted, caballero;
se me habia figurado
ver venir cierto sujeto
que manda acá el señor cura
todos los dias por queso...
RICARDO. ¿El monaguillo tal vez
ó el sacristan?
MATIAS. No por cierto:
su sobrina, que me tiene
fuera de quicio hace tiempo.
RICARDO. ¡Ah! ya caigo; ¿conque usted
tira á los bienes del clero?
MATIAS. No, señor; Dios me es testigo
que la amo con fin honesto;
pero admírese usté, al verla,
ta... ta... ta... tar...tamudeo.
RICARDO. ¿Y en qué puede consistir?
MATIAS. En lo... lo... lo... lo... los nervios.
RICARDO. ¡Hombre, qué cosa tan rara!
MATIAS. Con ella no... no... soy dueño
de la palabra; de veras,
me infunde tanto respeto,
que hasta ahora no me he atrevido
á decirle lo que siento.
RICARDO. ¿Vá usté á estar toda la vida

con ese amor en el cuerpo?

MATIAS. No, señor; cada semana
dedico el domingo entero
á escribirle en letra clara
una carta de dos pliegos.
Dos pliegos, este es mi mínimum,
á veces mas, nunca menos;
y van ocho, y hasta ahora
mutis, no le han hecho efecto.

RICARDO. Es raro.

MATIAS. Mucho; hoy es lunes,
(Sacando un gran pliego del bolsillo.)
aqui la traigo el correo.

RICARDO. Pues no quisiera estorbar,
y en tanto que... (En ademan de irse.)

MATIAS. No consiento
que siendo usté un protegido
del señor, nos haga el feo
de no quedarse en la quinta:
aqui sobran aposentos.

RICARDO. Pero no estando él en casa
no me parece discreto
el quedarme.

MATIAS. Pues entonces,
si quiere usted irse al pueblo,
ha de hospedarse en mi casa
ó riño con usted.

RICARDO. Bueno;
no quiero reñir, iré.

MATIAS. (Acompañándole.)
Vaya usted con Dios; yo quedo
en avisar: al entrar
ya verá usted el letrero
y una Minerva pintada
con el *Fleuri* entre los dedos.
(Le acompaña hasta la puerta y le habla los últimos vnrsos por la reja derecha, y entra Maria, viniendo del fondo izquierda.)

ESCENA II.

MARIA, MATIAS.

MARIA. (Ap.) ¡El maestro!
MATIAS. (Ap.) ¡Ella! Adios,
ya... ya... ya... ya me dá aquello.
MARIA. (Ap.) Á ver si habla de una vez,
ó si sigue con su empeño
de darme cartas á mí
que no sé leer.
MATIAS. Celebro
verte tan... tan... tan...
MARIA. Mil gracias.
MATIAS. Hazme el... el... el... el obsequio
de enterarte... (Dándole el pliego.)
MARIA. (Muy resuelta.) No, señor;
no la admito.
MATIAS. No comprendo
el por qué, despues de ocho,
te atascas en esta.
MARIA. Eso
consiste en que yo, aun cuando
las reciba, no las leo;
no, señor, y por si acaso
no quisiese usted creerlo,
aqui las tiene usté intactas;
yo no gusto de esos medios.
(Le devuelve ocho cartas del mismo tamaño que la que él le presenta.)
MATIAS. ¡Será posible! Una, dos
tres, cuatro, cinco... ¡en efecto,
estan sin romper la oblea!
El aura del presbiterio
la tiene mistificada
MARIA. (Ap.) Si hoy no se explica, le pego.
MATIAS. Maria, llena de gracia,
estás de un humor muy negro.
MARIA. Se engaña usted.
MATIAS. ¿Que me engaño?
MARIA. Si, señor; de medio á medio.

Precisamente hoy el alma
me retoza dentro el cuerpo.

MATIAS. *¿Qua de causa?*

MARIA. Porque anoche
mi tio recibió un pliego
en que nuestro buen señor
me conferia el empleo
de cuidar la vaqueria
con cuatro reales de sueldo;
y como no tengo dote...

MATIAS. ¿Si? ¿Pues no opinas, lucero,
que el requeson y las letras
hacen muy buen condimento?

MARIA. Yo no entiendo lo que usted
quiere decir.

MATIAS. No me atrevo.

MARIA. Pero, hombre, atrévase usted.

MATIAS. Maria, tengo el proyecto
de sumarnos en consorcio.
Te lo diré en latin.
(Se oyen campanillas fuera.)

MARIA. (Asomándose á la reja.) ¡Cielos!
Ya está aqui el coche del amo.

MATIAS. Pues es verdad: ¡á qué tiempo
me interrumpen! Y está allí
el ayuntamiento en cuerpo
formado en ala, y al frente el
alguacil y el trompetero!
y yo que estoy encargado
de la arenga; voy corriendo,
pero antes quisiera...

MARIA. Hombre,
vaya usté ahora á su puesto.

MATIAS. Pues bien, no te comprometas
que luego te diré el resto.
(Váse por el fondo.)

ESCENA III.

MARIA.

Gracias á Dios que pitó:

á una no le dá la gana
de confesar que es patana,
y que no sabe la o.
Aunque mi instruccion es poca,
para hablar, ya es diferente:
si, señor, que hable la gente,
¿para qué sirve la boca?
Él tiene algo, yo tambien;
y sin muchas alharacas,
con sus chicos y mis vacas
podemos estar muy bien.
Ya veo al amo bajar,
¡qué nobleza en él se nota!
Con los años y la gota,
al pobre, le cuesta andar.
Al coche se vuelve ufano
mirando á una señorita,
pues ella no necesita
que nadie le dé la mano;
ya saltó, la besa el amo
y la señala que venga
mientras él oye la arenga.
¡Cuál corre! parece un gamo.

ESCENA IV.

ADELA, MARIA.

MUSICA.

ADELA. Adios, Maria.
MARIA. ¡Usted aqui!
ADELA. Dáme un abrazo
y un beso.
MARIA. Y mil.
ADELA. Por todas partes árboles,
frutas y flores,
y los alegres cantos
de ruiseñores:
todo mi ser,
doblar la vida siente

por el placer.

POLACA.

Á los rosales verdes
les pediré sus rosas,
perseguiré en los campos
las lindas mariposas,
y á los pintados pájaros
sus trinos pediré.
El son de las cascadas
arrullará mi sueño,
las mansas ovejuelas
me acatarán por dueño,
y en las corrientes límpidas
mi espejo buscaré.

DECLAMADO.

(Esta escena requiere mucha ligereza y naturalidad en Adela, marcándose todos los toques con viveza infantil.)

MARIA. ¿Conque ha vuelto usted á vernos?
ADELA. Aqui me tienes, Maria,
rabiando desde el verano
para volver á esta quinta.
MARIA. Cuánto me alegro.
ADELA. ¿Qué tal
te prueba la lecheria?
Es preciso que hagas queso
y requeson y natillas,
porque á mí me gustan mucho.
MARIA. No sé hacerlos, señorita.
ADELA. ¿No? Pues yo te enseñaré.
MARIA. ¿Y quién le dió á usté noticia
de mi colocacion?
ADELA. Nadie,
como que fué cosa mia
el nombrarte.
MARIA. ¿De usté?
ADELA. ¡Pues!

Recordé que me decias
que serias tan dichosa
cuidando una vaqueria,
y el dia que me casé
te proporcioné esta dicha.

MARIA. Qué se casó usted?

ADELA. Ya tengo
quince años y cuatro dias.

MARIA. No he dicho yo que usted sea
ninguna muñeca.

ADELA. Mira,
precisamente en el cofre
traigo dos ó tres mas lindas...
ya las verás.

MARIA. ¿Pero usted
se ha casado ya?

ADELA. ¡Qué chica!
¿cómo se dicen las cosas?
Ya sabes que desde niña
quedé huérfana, en poder
de un padrastro...

MARIA. Pobrecita.

ADELA. Que me tenia encerrada
dentro una pobre bohardilla,
y me hacia coser mucho,
y si el sueño me rendia
¡me daba cada cachete!
Cuando una... pues. ¿En qué iba?

MARIA. En los cachetes.

ADELA. ¡Ah! si.
En la misma escalerilla
vivia un pobre muchacho
cursante en filosofia,
¡mas bueno! Que al pasar me
saludaba: sus pupilas
parecian que al mirarme
me decian: «pobre chica.»
¡Debia ser desgraciado
como yo! Del primer dia
sin hablarnos, nuestros ojos
hicieron amistad íntima.

MARIA. Ya me gusta el estudiante.

ADELA. En aquella época misma
empezó á venir á verme
un señoron de visita
que traia mi padrasto,
rico, con muchas sortijas,
y que traia un bolsillo
lleno siempre de doblillas,
¡Si yo me hubiese atrevido
á tomarle unas poquitas
para comprar caramelos!
Porque él siempre me ofrecia.

MARIA. ¡Ya!

ADELA. ¿Cómo ya?

MARIA. Siga usted.

ADELA. Héte aqui que determina
mi padrastro, el proponerme
ir á pasar unos dias
en el campo con el otro,
me pareció una gran dicha.
Cuando aquel pobre estudiante
me dijo por la rejilla
al pasar: tened cuidado,
que quieren perderos, niña:
querrás creer que hasta ahora
no he entendido todavia
qué me queria decir?

MARIA. ¿No lo entendió usted?

ADELA. Ni pizca.
¿Lo entiendes tú?

MARIA. Yo tampoco.

ADELA. Yo era pobre, mas perdida...
En fin, cuando él me lo dijo
sabido se lo tendria.
El caso es que al poco rato
vino un señor de justicia
que entabló con mi padrastro
una disputa muy viva,
y me cogió de la mano
y se me llevó en s guida
á un colegio de beatas
en clase de pensionista.
Allí si que estuve bien.

Á los tres ó cuatro dias
vino á verme el estudiante,
y á decirme que se iba
qué sé yo donde: muy lejos,
y que si un dia volvia
con fortuna del viaje
vendria por mí en seguida.

MARIA. Y usted ¿qué le dijo á él?

ADELA. ¿Yo? que se lo agradecia;
y no nos dijimos mas.
Estreché su mano amiga,
y al verle partir, dos lágrimas
rodaron por mis mejillas,
¡y hasta la hora del juego
estuve mas afligida!...

MARIA. Vamos, ya adivino el resto,
señorita.

ADELA. ¿Qué adivinas?

MARIA. Que aquel estudiante, luego
volvió rico de las Indias...

ADELA. ¿Ves como no has acertado?

MARIA. ¿Que no? Pues yo presumia
que se hubiese usted casado
con él.

ADELA. Pues no lo adivinas.

MARIA. Siga usté.

ADELA. Asi que él se fué
me puse con alma y vida
á aplicarme y á estudiar,
y en esto, cátate el dia
de los exámenes; salgo
y me gané de corrida
todos los primeros premios;
tres coronas y seis cintas.
Allí estaba el arzobispo
y lo mejor de Sevilla,
y los padres y parientes
de todas mis condiscípulas,
que al acabar las mimaban,
las llenaban de caricias,
las daban dulces: entonces,
la verdad, las tuve envidia,

porque en medio de mi triunfo
no encontraba una sonrisa;
para mí no habia un mimo,
¡yo no tenia familia!
y me quedé con mis premios
llorando á lágrima viva.
Entonces un noble anciano,
de faz venerable y digna...

MARIA. ¿El amo?

ADELA. Me preguntó,
¿por qué lloras asi, niña?
Señor, porque yo no tengo
á nadie, soy huerfanita.
El pobre me consoló
y me llenó de caricias,
y en menos de media hora
hicimos amistad íntima.
Venian las vacaciones,
y entonces todas las niñas
se van á sus casas, menos
las que éramos pobrecitas;
pero él, que venia á vernos
en coche todos los dias,
le dijo á la superiora:
Estas chicas necesitan
que las dé el aire del campo;
conque arregle usté en seguida
sus bártulos, que yo quiero
mañana á la mañanita
salir con ellas y usted
de este calor de Sevilla,
y vamos á pasar juntos
el mes de julio en mi quinta.
Aceptó la superiora,
siempre aceptan, y en seguida
nos vinimos, y aquel mes
fué el mes feliz de mi vida.
Pero pasó como un soplo:
nos volvimos á Sevilla
y el coronel cayó malo;
pedí permiso en seguida
para poderle cuidar,

me le dieron, y solícita
fuí, sin permitir que nadie
le diese una medicina
mas que yo. Llegó muy grave,
creimos que se moria;.
pero Dios acogió el ruego
de la pobre huerfanita,
que le pedia por él,
y mejoró muy de prisa.
Asi que convaleció
me llamó á solas un dia,
y fijando en mi semblante
sus bondadosas pupilas,
me dijo: «Yo bien quisiera
corresponder, Adelita,
á tu esquisito cuidado
con poderte dejar rica;
pero he gastado mis rentas,
y aunque tengo muchas fincas
no puedo disponer de ellas
mas que en un caso, hija mia.»
Por Dios no me hableis de bienes,
señor: si toda mi dicha
es estar cerca de vos:
yo no tengo mas familia.
«Lo sé, y si no te viniese
demasiado cuesta arriba
el ser mi mujer...» Y entonces,
si yo lo fuese, ¿podria
estar siempre á vuestro lado,
y pasar toda mi vida
probándoos mi gratitud
con mis cuidados? «Si, hija.»
Pues quiero, y cuanto mas pronto
mejor; y hoy hace ocho dias
que me casé.

MARIA. ¿Con el amo?
Ave Maria purísima.

ADELA. ¿Por qué dices eso?

MARIA. ¿Pues
no sabe usted, señorita,
que lleva ochenta y dos años

encima de sus costillas?

ADELA. ¿Y que los lleve, qué importa?

MARIA. ¿Qué quiere usted que le diga?
yo creo que importa mucho;
digo, á mí me importaria.

ADELA. Á mí no me importa nada,
porque es muy bueno y me mima,
y me acaricia y me compra
juguetes todos los dias.

MARIA. Pero ¿y el otro?

ADELA. ¿Cuál otro?

MARIA. El que se marchó á las Indias:
le olvidó usted por completo.

ADELA. ¡Olvidarle yo! En la vida.
Solo deseo que vuelva
para llamarle en seguida
á que se venga á vivir
con nosotros en familia.

MARIA. (Ap.) Una oye cosas que pasman.

ADELA. Y vendrá, y al ver mi dicha
verás qué alegre se pone.
Búscate novio en seguida,
que tambien quiero casarte.

MARIA. Ya le tengo, señorita.
Es el mayordomo, el cual
me enamora por epístolas,
y como no sé leer
me quedo *in albis*.

ADELA. Pues, hija,
no te apures, yo seré
tu secretaria.

MARIA. ¡Ay, qué dicha!
¿y usted me las leerá?

ADELA. Pues es claro.

MARIA. ¡Señorita!

ESCENA V.

DICHOS y D. RODRIGO, apoyado en el brazo de MATIAS.

ROD. (Se supone que habla á gente que queda fuera.)
Bueno, bueno, basta ya.

ADELA. (Corriendo á ofrecerle su brazo.)
¡Mi marido!

ESCENA VI.

DICHOS y D. RODRIGO, que sale apoyado en el brazo de MATIAS. Adela se adelanta á recibirle y á darle el brazo.

ROD. ¡Niña mia!

MÚSICA.

ROD. En este ameno sitio
cada árbol es
un cariñoso amigo
de mi niñez.
Tienen mis años,
mas vive Dios
que estan mas fuertes
que su señor.

AD., MAR. y MAT. Árboles y hombres
prestan, señor,
á vuestras canas
veneracion.

ROD. ¿Qué tal los chicos,
señor Matias?
¿se aplican mucho?

MATIAS. Poco á fé mia;
solo adelantan
en picardias.

ROD. Con eso prueban
que tienen chispa.

MATIAS. Hay una infancia
muy subversiva;
mas mi palmeta
la domestica.

ROD. Pues esa falta
vá siendo antigua,
porque en mis tiempos
ya lo decian.

MATIAS. Pero el mal crece

de dia en dia.

ROD. Tras de los juegos vá el niño,
tras de cuidados el viejo,
tras de las mozas bonitas
el corazon del mancebo.
Y hácia su ocaso
los hombres van
con los juguetes
de cada edad.

AD., MAR. y MAT. ¡Qué pasta tiene
tan patriarcal,
cuánta alegria
gasta á su edad!

DECLAMADO.

ROD. Mira, Adelilla.

ADELA. ¡Señor!

ROD. Cuando yo falte, te encargo
que no dejes cortar árboles,
porque no tienen reparo.
Amigo fiel y árbol bueno
se adquieren á fuerza de años.

ADELA. Bien, señor; pero no hableis
de faltarme vos.

ROD. ¡Canastos!
Pues qué, ¿he de vivir yo siempre?
Niña, tengo ochenta y tantos
y es una idea á la cual
te has de ir acostumbrando.

ADELA. Pues no quiero.

ROD. Aunque no quieras.

ADELA. Que me echo á llorar.

ROD. Pues vamos,
no nos moriremos nunca,
se acabó.

ADELA. ¡Gusto mas raro
de hablar de eso!

ROD. ¡Qué chiquilla!

ADELA. Maria ha venido á daros

las gracias del nombramiento
que le mandasteis.

ROD. Lo aplaudo.
¿Y cómo sigue tu tio (Á Maria.)
el señor cura?

MARIA. Tan sano:
ya vendrá á verle á usted luego.

ROD. ¿Andará siempre ocupado
en pedir para los pobres?
Váyase por otros tantos
que piden siempre para ellos.

MATIAS. Cierto, señor, es un santo.

ROD. El socorrer á los pobres
has de tomarlo á tu cargo,
Adelilla: tú eres jóven
y tienes piernas de gamo:
con eso las mias y ellos
saldremos mejor librados.

ADELA. Si, señor, ya sabré hacerlo.

ROD. Has de ocuparte de paso
en fundar una escuelita
de niñas: hay mucho atraso,
y es muy útil que las chicas
sepan leer bien.

MARIA. (Ap.) ¡Y tanto!

ROD. Maria podrá enseñarlas.

MARIA. (Ap.) Pues van á hacer adelantos.

ROD. Matias, ¿llamaste á los
músicos para el sarao?

ADELA. ¿Hay sarao?

ROD. Si, hija mia.

ADELA. Si debeis estar cansado.

ROD. Si lo estoy me acostaré
y tú seguirás bailando:
yo gozo en que te diviertas.

ADELA. ¡Ah! me quereis demasiado.

ROD. Menos de lo que mereces.
Vén acá, dáme un abrazo.

ADELA. ¿Pero quién habrá en el baile?

ROD. Mucha gente.

ADELA. Pues no alcanzo...

ROD. Primero tus condiscípulas,

que vendrán dentro de un rato.

ADELA. ¿De veras?

ROD. Ya lo verás.
Luego todos los muchachos
del pueblo y los forasteros.

MATIAS. Y yo.

ROD. No tengas cuidado;
no te faltará pareja.

ADELA. ¡Ay! mis trajes se quedaron
en Sevilla.

ROD. ¿Si? Anda á ver
si hay uno nuevo en tu cuarto.

ADELA. Voy á verlo. (Le dá un beso y se vá.)

ROD. Maria,
véte á hacer crema volando
para que tengan las niñas
las golosinas á pasto.
Mas vale crema que fruta;
la fruta suele hacer daño.

MARIA. Voy, señor. (Váse por el fondo.)

ROD. Y tú, Matias,
anda á regar el terrado
y á adornarle con macetas.

MATIAS. Voy. Perdone usté, allá bajo
viene un señorito que antes
ha estado aqui, y me ha dejado
esta tarjeta, que yo
con la arenga... (Le dá la tarjeta)

ROD. Á ver. «Ricardo
Perez.» ¡Hola! el hijo pródigo,
que volverá derrotado
á mi cuartel general.
Anda, díle que le aguardo.
(Váse Matias por el fondo.)
Es fogoso, emprendedor;
mas no importa, es buen muchacho:
su padre fué amigo mio,
y es forzoso que yo haga algo
por él: á la juventud
hay que tenderle la mano.

ESCENA VII.

D. RODRIGO y RICARDO.

RICARDO. ¡Coronel!
ROD. Adios, muchacho;
¿de dónde sales?
RICARDO De América.
ROD. No sabia nada: como
te marchaste á la francesa...
RICARDO. Es verdad, mi coronel;
mas no lo tome usté á ofensa:
yo queria hacer fortuna
á riesgo de mi existencia,
y mi empresa era tan loca...
ROD. La mania de la época:
¿enriquecerse en un dia?
RICARDO. Á veces, señor, se apela
á medios desesperados:
cuando el alma sufre...
ROD. Esa
ya es una razon; los hombres
siempre tenemos dolencias:
á tu edad las del amor,
á la mia las del reuma.
Conque, cuéntame las tuyas.
RICARDO. Una jóven hechicera,
pobre como yo, á la cual
deseaba muy de veras
ofrecerle con mi mano
una fortuna.
ROD. Y las cuentas,
¿te han ido bien?
RICARDO. No, señor.
No he tenido mas que pérdidas,
y he estado á punto mil veces
de acabar con mi existencia.
ROD. ¡Hombre, hombre! veo que el siglo
adelanta á la carrera.
¿Querrás creer que en mi tiempo
no teniamos idea

de ese modo tan sencillo
de resolver los problemas?
En mi tiempo se vivia
para luchar con su estrella:
era una preocupacion,
pero tiene en mí tal fuerza,
que tengo ochenta y dos años
y aun vivo aferrado á ella.

RICARDO. Cuando no queda esperanza...

ROD. Se echa uno al mar y la pesca;
¿no es eso? ¡Vaya un recurso!
Yo te pondré donde puedas
utilizar tu trabajo,
y verás cómo prosperas.

RICARDO. ¡Señor, le debo ya tanto!

ROD. Si yo quiero que me debas.
Yo tambien he sido jóven
y pobre: la Providencia,
que cuando se empeña en dar
sabe dar á manos llenas,
me dió un pariente lejano,
que se murió en Filadelfia
dejándome una fortuna,
mas con la cláusula expresa
de que tan solo casado
pudiese disponer de ella.
Y me cogió esa fortuna
enamorado de veras.

RICARDO. ¿Y se casó entonces?

ROD. No;
me tocó la mala estrella
de que la mujer que amaba
estaba casada, y era
mujer de un amigo mio.
Yo era honrado, ella era buena;
y ambos cruzamos la vida
llevando la cruz á cuestas.
Ella murió, y yo, Ricardo,
me quedé solo en la tierra,
hasta que en mi helado ocaso
Dios me deparó una huérfana,
inocente como un ángel,

que adormece mis dolencias
y de báculo me sirve
y mi senectud alegra,
como alegra al campo helado
el sol de la primavera.
Queria dejarla rica,
pero para eso era fuerza
casarme, y... vaya la bomba,
lo hice; me casé con ella.

RICARDO. Hizo usted bien.

ROD. ¿Te parece?
Pues te lo dije con cierta
preparacion, por aquello
de que á la vejez viruelas;
aunque á mí ya no me cogen,
yo ya no... puedo tenerlas.
Pero, en fin, tengo una esposa;
es decir, tengo una nieta.

RICARDO. Doy á usted mil parabienes.

ROD. Aqui viene.

RICARDO. ¡Cielos, ella!

ESCENA VIII.

DICHOS y ADELA.

MUSICA.

ADELA. Llegó vuestro correo,
señor.

ROD. Pues voy allá;
pero antes á ese jóven
te quiero presentar.

ADELA. ¡Qué veo! ¡es él, es él!

RICARDO. Su gozo me hace mal.

ROD. ¿Le conocias?

ADELA. ¿No recordais
que varias veces
os hablé ya
de un pobre jóven
que en mi horfandad

mis pocos años vino á amparar?
Era el señor.

ROD. Vénme á abrazar.
El rasgo es digno
de tu bondad.
Sus pasos por la senda
guié
del bien,
y de mi amor la prenda
le debo á él.
Si yo á mi vez dichoso
le puedo hacer,
su arranque generoso
le recompensaré.

RICARDO. De mí yo no soy dueño;
no sé qué hacer.
Mi dicha ha sido un sueño
fugaz,
cruel.
Mi única esperanza,
mi solo bien,
se pierde en lontananza
para no mas volver.

ADELA. Era verdad mi sueño,
¡es él!
¡es él!
mi porvenir risueño
es un
eden.
Sus dias de bonanza
yo bordaré.
El cielo á mi esperanza
sonrie por do quier.
Siento verle displicente
al pisar nuestra morada.

RICARDO. ¡Señorita!

ADELA. ¡Caballero!
soy señora ya casada,
y yo espero que gustoso
con nosotros vivirá.

RICARDO. No es posible; me es forzos
ausentarme.

ADELA. ¿De verdad?
RICARDO. De verdad.
ADELA. (Á D. Rodrigo.) Marcharse quiere.
ROD. ¿Cómo es eso? No, pardiez.
RICARDO. Un asunto muy urgente
me reclama.
ROD. (Bajo á Ricardo.) ¿Amor?
RICARDO. (Bajo á D. Rodrigo.) Tal vez.
ROD. Pues entonces, hija mia,
hay que usar de lenidad;
son asuntos muy urgentes
los asuntos de su edad.
Anda pues, pero yo espero
que muy pronto volverás.
RICARDO. Por Dios, no me detengais;
dejadme, señor, partir,
que no podeis vos calmar
la pena que tengo aqui.
ADELA. No le permitais marchar,
no le permitais partir,
que en vano querrá buscar
la dicha que encuentra aqui.
ROD. Si el mundo te trata mal,
confia, Ricardo, en mí;
en mi paternal hogar
cariño hallarás sin fin.

DECLAMADO.

ADELA. Vamos á ver, ¿por qué causa
quiere irse tan de prisa?
RICARDO. Perdone usté; es un secreto.
ADELA. Pues quiero que me lo diga,
ó me enfado.
ROD. Los secretos
hay que respetarlos, hija.
ADELA. Eso es, apoyadle vos.
ROD. Sé razonable, Adelita.
Aqui es la niña mimada,
y ejerce su tirania
en absoluto.

RICARDO. Yo siento
que mis asuntos me impidan
poder someterme á ella.
ADELA. Vaya una galanteria
que trae usted del viaje.
RICARDO. Será que el cambio de clima
pone en relieve mis faltas.
ADELA. Es que antes yo no entendia
lo que era eso, y ahora tengo
quien me quiere y quièn me mima.
RICARDO. Me esmeraré en imitarle.
ADELA. Trabajo le costaria,
porque amable como él
no lo será usté en su vida.
En su vida, ¿lo oye usted?
ROD. Dios te pague, hija mia:
apoya tú á la vejez,
que de apoyo necesita.
ADELA. Reñidle vos.
ROD. Si tú sola
le llenas de picardias.
No necesitas refuerzo.
RICARDO. No tema usted, no me pican.
ROD. Vamos, vamos, Ricardito,
es preciso que transijas
y nos complazcas; yo quiero
que pases un par de dias
con nosotros, hijo, aqui
hay que dar gusto á una niña:
háznos este sacrificio.
RICARDO. Si usté á quedarme me obliga
le debo obediencia.
ROD. Bueno,
te lo agradezco, y la niña
tambien; ¿no es verdad, Adela?
ADELA. No, señor, no, yo ni pizca.
Agradecédselo vos,
que por vos se sacrifica.
ROD. Vamos, vamos, hija, basta,
no seas rencorosilla.
Le enseñarás tus dibujos
para que te los corrija.

Ricardo pinta muy bien.
ADELA. Hay faltas, y él las veria.
ROD. Mas vale que vea esas
que las de un mal genio, niña.
ADELA. (Echándose á llorar.)
Eso es, reñidme por él.
ROD. Si te empeñas en ser díscola
cuando no lo has sido nunca.
ADELA. Perdon, yo seré sumisa,
¿me querreis?
ROD. ¡Jé, jé, jé, jé!
¡Qué corazon de chiquilla!
No te querré, que te quiero:
á ver si haceis buenas migas.
Dibuja con él, que él sabe.
ADELA. Bueno.
ROD. Y fuera rencillas.
Voy á leer mi correo,
y estoy de vuelta en seguida.
(Adela le acompaña hasta la puerta, y en seguida se vá á sentar al pupitre, saca los dibujos y el lapicero, y Ricardo permanece de pié en el extremo opuesto.)

ESCENA IX.

ADELA, RICARDO.

RICARDO. (Ap.) Ni mi vista la turbó,
ni se llegó á conmover,
yo no alcanzo á comprender...
ADELA. ¿Viene usté acá, ó voy yo?
RICARDO. (Ap.) Me mostraré indiferente
si me es posible.
ADELA. (Enseñándole los cuadernos.) ¿Qué tal?
¿no es verdad que está muy mal?
RICARDO. No, que está perfectamente.
ADELA. ¿Guardó las galanterias
para decirlas ahora?
RICARDO. Señorita...
ADELA. Soy señora,
¿lo oye usted? Ya hace ocho dias.
RICARDO. ¿Y se casó usted aqui?

ADELA. (Dibujando.)
En Sevilla.
RICARDO. ¿Y cómo fué?
ADELA. En la iglesia. ¿Encuentra usté
que hay bastante sombra asi?
RICARDO. Debe usted subirla toda.
¿Y fué usté alegre al altar?
ADELA. ¿De qué quiere usted hablar,
del dibujo ó de la boda?
RICARDO. Disimule usted, comprendo
que la mortifique á usté
el hablar de eso...
ADELA. ¿Por qué?
RICARDO. Porque...
ADELA. ¿Por qué?
RICARDO. (Ap.) No la entiendo.
ADELA. Dia mas afortunado
no he tenido nunca.
RICARDO. ¿Si?
ADELA. Si usté hubiese estado aqui,
le hubiera á usted convidado.
RICARDO. ¿Á mí?
ADELA. Habla usted de un modo
como si viera visiones.
RICARDO. Es que dice usté expresiones...
ADELA. Se lo voy á contar todo.
Aquel dia tempranito
mi bienhechor me dió un traje
con seis volantes de encaje:
si viera usted; ¡qué bonito!
y una corona mas mona
toda de perlas sembrada,
y á la hora señalada
me puse traje y corona.
Fuimos á la iglesia en coche,
y luego á un convite regio
que nos dió, y todo el colegio
vino al baile aquella noche:
y á las nueve me entró un sueño...
y al despejar el gentio
él fué á su cuarto y yo al mio,
donde dormí como un leño.

RICARDO. (¡Dios mio!)
ADELA. Al dia siguiente
á la hora de levantarme,
vino como siempre, á darme
un tierno beso en la frente:
y mirándose en mis ojos
lloró de gozo el anciano,
y yo le besé la mano
llorando tambien de hinojos.
RICARDO. Adela, perdone usté,
soy un loco, un insensato:
perdone usted el mal rato
que le dí cuando llegué.
ADELA. ¿Se le pasó el mal humor?
RICARDO. Para nunca mas volver.
ADELA. ¿Será usté amable?
RICARDO. He de ser
lo que usted quiera.
ADELA. Mejor.
¿Me enseñará usté á pintar
algun bonito paisaje
de los que traiga del viaje?
RICARDO. No pinté mas que en el mar.
En su solitaria calma
dichas soñando ilusorias,
daba al pincel las memorias
grabadas dentro del alma:
y de mi mano insegura
que un ángel pintar queria,
un solo rostro salia,
el de esta miniatura.
(Saca un retrato del bolsillo, y Adela lo toma con infantil alegria.)

MUSICA.

ADELA. ¡Dios de los cielos,
soy yo, soy yo,
cuánto el artista
me mejoró!
RICARDO. No, que sus rasgos

mas bellos son.

ADELA. No hay en mis ojos
esa expresion.

—

RICARDO. Un ángel de inocencia
que en mi camino hallé,
mis dias de pobreza
bordaba de placer.
La bondad celeste
de aquel querubin
con sus negros ojos
me miraba asi.

ADELA. ¿Decis que en los ojos
se parece á mí?

RICARDO. Esa es la mirada
de aquel querubin.

ADELA. De gratitud un templo
dentro del alma alcé
al que en mi pobre albergue
fué mi primer sosten.
Del recuerdo mio
no se fué jamás,
mas por mi desgracia
yo no sé pintar.

RICARDO. ¿Será cierto, Adela,
que el recuerdo está?

ADELA. Por desgracia mia
yo no sé pintar.

RICARDO. Temo que me mate
la felicidad.

DECLAMADO.

Cuando crea usted, señora,
que nunca he de serle ingrato,
me dará usté ese retrato.

ADELA. Tómelo usted desde ahora.
¿Se quedará usted conmigo
junto á nuestro bienhechor?

RICARDO. Será mi dicha mayor.

ADELA. Pues vuelve usté á ser mi amigo.

ESCENA X.

DICHOS y D. RODRIGO.

ROD. Bien, hijos mios; ya veo
que habeis firmado la paz:
asi me gusta.
RICARDO. Yo tuve
la culpa: si soy lo mas...
ADELA. No, señor, la tuve yo.
RICARDO. No, señor, yo que al llegar...
ADELA. Si fuí yo quien me enfadé.
RICARDO. Yo fuí.
ROD. ¡Dále! ¿Cuánto vá
á que por echarse culpas
se vuelven á disputar?
ADELA. No tengais cuidado alguno,
ya no reñiremos mas.
ROD. Me alegro, porque le traigo
una buena nueva.
ADELA. ¿Cuál?
ROD. Que la fortuna que ansia
creo que la ha hallado ya.
ADELA. ¿De veras? ¡Cuánto me alegro!
ROD. Y yo tambien; escuchad:
me escribe un amigo mio,
establecido años há
en Barcelona, pidiéndome
un jóven de probidad
para colocarle al frente
de su casa comercial,
porque él ya es bastante rico
y se quiere retirar.
Me habla de un sueldo crecido,
y de llevar ademas
una parte en las ganancias
muy buena: comprenderás
que hay que aceptar en seguida.
ADELA. Pues creo que hareis muy mal,
porque él no querrá.
RICARDO. (Ap.) ¡Dios mio!

ROD. ¿Que no? ¿Pues qué quiere mas?
ADELA. Estarse aqui con nosotros
toda la vida.
ROD. Ojalá;
pero fuera harto egoismo
obligarle á renunciar
á un porvenir, por el gusto
de tenerle en nuestro hogar:
necesita hacer fortuna,
y aqui ya ves la que hará.
ADELA. ¿Y para qué le hace falta?
ROD. ¡Toma! para prosperar,
y establecerse y poder
ofrecer algun caudal
á la niña que ama.
ADELA. ¿Que ama?
ROD. ¿Y qué hay de particular?
ADELA. Que él me lo hubiera contado,
y no me lo ha dicho.
ROD. ¡Ya!
Pero me lo ha dicho á mí,
lo cual es mas natural
que el hablarte á tí de cosas
algo impropias á tu edad.
El pobre está enamorado
y aspira á casarse.
ADELA. ¡Ay!
ROD. ¿Crees que no ha de casarse
nadie mas que tú?
ADELA. Es verdad.
En eso tiene razon.
ROD. No tenemos mas que hablar.
RICARDO. (Ap.) ¡Qué suplicio!
ROD. Escribiré
que mañana partirás:
y no te apures, Ricardo;
si hay que poner capital
yo te pondré el necesario.
RICARDO. ¡Tanta bondad!
ROD. Quita allá.
ADELA. (Ap.) ¡Prefiere el hacer fortuna
á estar conmigo!

ROD. Verás,
verás como á tu honradez
la suerte responderá.
ADELA. (Ap.) ¡Y no me contó su amor!
ROD. Ven, niña, venme á ayudar
á escribir, porque me siento
un poco cansado ya.
(D. Rodrigo se coge del brazo de Adela, que le conduce á pasitos precipitados hácia su habitacion. Ricardo vá por detrás á tocar á Adela en el brazo para llamarle la atencion, y ella, sin volver la cabeza, pone un gesto de carita enfurruñada y se vá con D. Rodrigo.)

ESCENA XI.

RICARDO solo.

MUSICA.

En su visible conmocion,
en su alegria y su pesar
sale á su rostro la impresion
de un corazon que empieza á amar.
Niña bella, luz de un sol
que mi vida iluminó,
deja, deja que al partir
mi recuerdo quede en tí:
y si un ¡ay! se escapa
de tu corazon,
que no sepa el aire
que es un ay de amor.
¡Ah! no, no,
niña, no:
bástale á mi dicha
que lo sepa Dios.

DECLAMADO.

Creyó que olvidé su amor

por otro amor pasajero:
Voy á su encuentro; no quiero
que se quede en ese error.
(Ricardo se dirige hácia la puerta por donde salió Adela; pero sale Maria con una cesta de flores para hacer ramilletes, en lo cual se ocupa sentada junto al velador.)

ESCENA XII.

RICARDO y MARIA, con un canastito de ramilletes, que vá á poner encima del velador, sentándose á arreglarlas de espaldas al centro de la escena.

RICARDO. ¡Pobrecilla! Está sufriendo...
MARIA. (Saliendo de la puerta izquierda.)
¿Dónde vá usted, señorito?
RICARDO. Á ver á tu ama.
MARIA. Ahora
no puede ser.
RICARDO. Me es preciso.
MARIA. Está con el amo.
RICARDO. ¿Y qué?
MARIA. Que el amo tiene prohibido
que entre nadie cuando él duerme,
y está echando un sueñecito
en su sillon.
RICARDO. ¿Y ella?
MARIA. Ella
acompaña á don Rodrigo:
por cierto que entró con una
cara de pocos amigos...
Y es raro en ella, porque
tiene el genio muy festivo.
RICARDO. Y dices tú que está triste.
MARIA. Si, pero no sé el motivo.
¿Conque se vá usted mañana
temprano?
RICARDO. ¿Quién te lo ha dicho?
MARIA. El coronel, que ha mandado
que estuviese el coche listo
para las cuatro.

RICARDO. ¿Las cuatro?
(Si no puedo verla hoy mismo...)
¿Conque hasta que empiece el baile
no salen ya?
MARIA. Don Rodrigo
saldrá cuando acabe el sueño;
pero ella segun me ha dicho
no piensa ir al baile.
RICARDO. ¿No?
(Por Dios que no sé á qué arbitrio
apelar para...) ¿Y tú dices
que no entra nadie?
MARIA. Justito:
es decir, excepto yo,
que por razon de mi oficio
entro y salgo, ya vé usted,
como que soy quien la visto.
RICARDO. (Ap.) Si me atreviese á fiar
á esta chica... desatino,
esto fuera rebajar
su decoro ante el servicio...
MARIA. Está usté aqui todavia?
Creí que se habia ido,
como no hablaba.
RICARDO. ¿Y qué tal
te vá en la quinta?
MARIA. Magnífico.
Con el señor, que es tan bueno,
y ella que es un angelito,
á nadie puede irle mal.
RICARDO. ¿La quieres mucho?
MARIA. Lo mismo
que á una hermana... pues si tiene
unas bondades conmigo!...
Figúrese usted que yo
tengo un novio muy sabido...
es el maestro de escuela
y sabe latin.
RICARDO. Le he visto,
MARIA. Y me escribe cada carta
capaz de ablandar un risco;
pero ya se vé, cuando una

no saber leer, es lo mismo
que si nada me escribiera,
porque me quedo en el limbo.
Se lo he contado hoy al ama,
y ella, que lee de corrido,
me ha ofrecido leérmelas.

RICARDO. ¡Ah!

(Saca un papel del pupitre y escribe un billete rápidamente, sin ser visto por Maria, que estará sentada de espaldas á él.)

MARIA. (Pausa. Recortando los ramilletes.)
¡Válgame Dios qué fastidio
de ramos! Nunca se acaban,
y van mas de veinticinco.
Pues como iba diciendo,
por el pequeño motivo
de no saberlos leer,
le devolví sus escritos
sin abrir: ahora es capaz
de darse por resentido
el maestro, y no escribirme
otra carta en cuatro siglos.

RICARDO. Pues te engañas, hija mia,
porque hace poco le he visto
y me encargó que te diese
esta con mucho sigilo.
(Le dá el billete.)

MARIA. ¿Á mí?

RICARDO. ¿Pues á quién?

MARIA. Á ver.
Hoy si que escribe cortito.
Como ya empezó á explicarse...
Y en esos garabatitos
¿qué dice?

RICARDO. Eso, Maria,
pueden ser secretos íntimos
que tu ama te los dirá:
hija, yo no me permito
mas que cumplir con su encargo.

MARIA. Pues voy corriendo ahora mismo.

ESCENA XIII.

DICHOS y D. RODRIGO, que sale de su cuarto apoyado en ADELA, y casi tropiezan con Maria al levantar esta la cortina.

RICARDO. (Ap., en el extremo opuesto.)
¡Cielos!
MARIA. ¿Ya despertó usté?
ROD. Eché un sueñecito corto,
y me he levantado para
que esta tome el aire un poco.
ADELA. Si yo estoy bien.
ROD. No lo estás:
tienes cargados los ojos,
y es de falta de ejercicio.
MARIA. Señorita, el mayordomo
me ha escrito una carta.
ADELA. ¿Si?
ROD. ¡Matias!
ADELA. Si, es su novio.
ROD. Me alegro, puedes quererle,
porque es un hombre muy probo,
incapaz de faltar nunca
á la moral ni al decoro.
Á ver qué la dice.
RICARDO. (Ap.) ¡Cielos!
ROD. Lee. (Á Adela.)
RICARDO. (Ap.) Estoy en un potro.
Coronel, yo necesito,
si no le fuese á usté incómodo,
pedirle algunas noticias
relativas al negocio.
ROD. Al momento soy contigo.
Lee eso, á ver. (Á Adela.)
ADELA. (Lee.) «Os imploro
»que os digneis oirme á solas
»por unos momentos cortos
»fuera del baile: os espero;
»si os negais, lo olvido todo.»
MARIA. Eso es pedirme una cita.
ROD. ¿Matias? Me deja absorto:
no le creia capaz...

Á ver. (Toma el billete.)
MARIA. Vea usted qué monstruo.
ROD. ¿Qué te parece, Ricardo?
RIDARDO. No creo...
ROD. (Con intencion.) Ahí tienes como
un hombre que creí honrado,
á quien distingo y acojo
en mi honradísima casa,
faltando al honor y á todo,
pide á una niña inocente
una cita sin rebozo,
sin mirar que vá á entregar
al ludibrio su decoro.
RICARDO. Tal vez no tuvo intencion
de atentar de ningun modo
á la opinion ni al respeto.
MARIA. Es que yo le hubiera roto
la crisma, como me hubiese
venido con reconcomios.
Aqui viene. ¡Vaya un pájaro!

ESCENA XIV.

DICHOS y MATIAS, que sale por el fondo.

MATIAS. Buenas tardes.
RICARDO. (Ap.) ¡Dios piadoso!
ROD. Me he enterado del amaño
conque usté ha escrito á Maria,
y de lo que la decia.
MATIAS. ¿Se enteró usté? pues lo extraño.
ROD. Y no presumí jamás
que un hombre tan comedido
la escribiese en tal sentido.
MATIAS. Ahora lo extraño mas.
ROD. El que con torpe cinismo
falta al honor y á la fé
es un vil. ¿Que dice usté?
MATIAS. ¿Que qué digo yo? Lo mismo:
y contesto á esa sarta
de diatribas á mi nombre
que no se conoce al hombre

hasta que entrega la carta.
Y si bien yo la escribí,
lo cual no es ningun pecado,
yo la carta no he entregado,
porque mi carta está aqui.
(Saca una carta del bolsillo.)

ROD. Habla, Maria, di pues
quién te la entregó.

MARIA. (Señalando á Ricardo.) El señor.

ROD. ¿Ricardo?

ADELA. ¡Él!

MATIAS. ¡Ah traidor,
ah falso cartaginés,
que intentas con mano tosca
falsificar mi papel!
Á verlo. (Lo mira.) Qué ha de hacer él,
si eso son patas de mosca.

MARIA. Pues el señor me la dió
de parte de usté.

MATIAS. Maria,
¿es esa la letra mia?

MARIA. Si es de otro, claro es que no.

MATIAS. Pero señor, ¿qué interés
le indujo á tal felonia?

ROD. Matias, sal con Maria,
déjanos.

MATIAS. Vamos pues;
pero ya ves con qué embustes
te preparaba á un mal paso.

MARIA. ¿Tengo yo la culpa acaso
de gustarle?

MATIAS. No le gustes.
Porque es tan grave ese entuerto,
como dice Ciceron...

MARIA. ¿Y qué dice ese soplon?

MATIAS Ya no sopla, ya está muerto.
(Salen por el fondo Matias y Maria.)

ESCENA XV.

D. RODRIGO, ADELA y RICARDO.

ROD. Ya estamos solos, Ricardo;

¿qué significa esta carta?
es de tu letra.

ADELA. ¡Su letra!

RICARDO. (Desconcertado, procurando fingir jovialidad.)
Señor, ha sido una chanza
que quise usar con Maria.

ADELA. No le creais, nos engaña;
¿no veis que lo que nos dice
se lo desmiente su cara?
Ese es un ardid que inventa
por no decirnos que la ama.

RICARDO. No lo crea usté, Adelita,
le empeño á usté mi palabra
de que me es indiferente.

ADELA. Bueno, lo será, nos basta
que usté lo asegure; entonces
¿para quién era esa carta?
porque para su futura
no puede ser, no se halla
aqui, y usté al escribirla
por fuerza la destinaba
á otra mujer que estará
ó en el pueblo ó en la casa.
¿No es verdad? (Á D. Rodrigo.)

ROD. Seguramente.

ADELA. Pues ¿quién es?

RICARDO. (Ap.) Estoy en ascuas.

ROD. El argumento no tiene
réplica.

RICARDO. Hay circunstancias
en que sin darse razon...
Una impresion momentánea
que uno mismo no se explica...
Por supuesto yo ignoraba
que Matias dirigiese
sus miras á esa muchacha,
y qué sé yo... por la misma
razon de partir mañana...
me precipité á escribirla...

ADELA. No lo ois, señor, la ama.

RICARDO. (Dios me perdone.)

ROD. Adelita,

ten calma, hija, ten calma.

ADELA. ¡Cómo quereis que la tenga
cuando comete la infamia
de amar á una en Sevilla
y á otra en nuestra misma casa!
Es un pícaro, que solo
sabe hacer derramar lágrimas
á las que le quieren, yo...
yo ya no le quiero nada.

RICARDO. Adela, suplico á usted...

ADELA. Es inútil, las confianzas
que antes le hice, nunca mas
crea usté que se las haga.

ROD. ¿Qué confianzas fueron esas?

ADELA. Los recuerdos que guardaba
de antes de partir, el gozo
que he sentido á su llegada,
la pureza con que ausente
alzaba á Dios mi plegaria
por él, y hasta este dolor
que está destrozando mi alma.
(Adela se echa á llorar con sentimiento, cobijándose en los brazos de D. Rodrigo.)

ROD. Hé aqui la obra de usted.

RICARDO. Ah, coronel, si bastara
la sangre que hay en mis venas
para secar esas lágrimas...

ROD. Es usted un miserable.

RICARDO. Le probaré que se engaña.
(Sale por la puerta del fondo.)

ESCENA XVI.

D. RODRIGO y ADELA.

ROD. Vamos, niña, basta, basta,
serénate.

ADELA. Si, señor,
no merece que una llore.

ROD. Es verdad.

ADELA. Me lastimó
ver un proceder tan falso.
Cuando tiene una pasion

en Sevilla, sin decírmelo
se atreve á hacer el amor
á la novia de Matias:
no tiene perdon de Dios;
¿no es verdad?

ROD. Cierto, hija mia
pero su falta es mayor
aun de lo que tú crees.

ADELA. ¿Mayor que esa?

ROD. Si.

ADELA. Pues yo
no creí que hubiese nada
mas feo que una traicion.

ROD. Es que aun no la ves toda.

ADELA. Vaya si la veo

ROD. No.
Mira, ese amor de Sevilla
no es verdad, no hay tal amor.

ADELA. ¿No?

ROD. No, hija, ni en Maria
nunca tampoco pensó.

ADELA. ¿Qué decis?

ROD. Que no la ama.

ADELA. ¿Estais seguro?

ROD. Lo estoy.
Á quien quiere únicamente.
es á tí.

ADELA. (Con alegria infantil.) ¿De veras?

ROD. ¡Oh!
De veras, hija, de veras.

ADELA. Pobrecillo.

ROD. Y su pasion
siendo por tí, ¿no te indigna
ni te irrita?

ADELA. No, señor:
¿qué mal hay en ella?

ROD. El mal
de cometer la traicion
de amar á la pobre niña
mujer de su bienhechor;
la ingratitud de robar
al viejo que la educó

el solo bien que le resta
sobre la tierra...

ADELA. ¡Señor!

ROD. La villana alevosia
de pagar lo que hice yo
por él, con querer echarme
fuera de tu corazon,
si es que no lo ha conseguido
á estas horas ya.

ADELA. (Arrojándose á sus brazos.) No, no.

ROD. Quiéreme, quiéreme, hija.

ADELA. Nada en la tierra hay, señor,
que pueda vuestras bondades
borrar de mi corazon.

ROD. Ea, basta ya de lágrimas:
no quiero que llores; hoy
partirá, y en santa hora
vaya bendito de Dios.
Es jóven, los pocos años...

ADELA. Señor, no teneis razon.
Jamás al hablar conmigo
de sus labios escapó
un acento, que no fuese
de respeto para vos.
Es cierto que yo al oirle
sentia una agitacion,
un vano desasosiego,
una impaciencia interior,
que... me quitaba el reposo,
y hasta sin darme razon
sentia que me decia
dentro del pecho una voz:
«calla, calla, no haces bien;»
y á pesar de todo, yo
me deleitaba en oirle.

ROD. Pues has de tener valor
para vencerte, hija mia.

ADELA. Mandad, ya sabeis que estoy
siempre pronta á obedeceros.

ROD. Pues oye con atencion.
La divina Providencia,
al dar la vida á los seres,

puso en las pobres mujeres
un vaso de rica esencia;
pero esa esencia que dora
nuestra vida marchitada,
es, hija, tan delicada
que un suspiro la evapora;
y para guardarla bien
la dió á la mujer casada,
que ademas de ser honrada
lo ha de parecer tambien.
Pues bien, hija mia, escucha:
si tú la quieres guardar
prevente para luchar,
que la vida es uua lucha.
Y no creas que te exhorto
por mí, que tanto te quiero,
hoy empiezas tu sendero,
y el mio, niña, es tan corto...
Para no inferir agravios
á tu decoro y mi honor,
has de velar tu dolor
con la sonrisa en los labios.
Serena en el sacrificio,
ponle al labio una mordaza:
Dios mira al mártir, que abraza
el leño de su suplicio.
Sé que es ruda la batalla,
que cuesta llanto, lo sé;
pero se alberga la fé
dentro el dolor que se calla.
No fies en tu valor,
por mucho que en tu alma exista:
no hay bóveda que resista
el incendio del amor.

ADELA. Señor, no creais jamás
que el rostro venda mi pena.

ROD. Sí, yo sé que eres muy buena:
á ver, á ver lo que harás.

MUSICA.

ADELA. Á vuestra protegida

encontrareis, señor,
sumisa siempre al eco
de vuestra voz.

—

Este latido del corazon
yo no sabia que fuese amor:
si es un agravio á vuestra fé
con sus raices le arrancaré,
aunque al esfuerzo que deba hacer
deba mi vida salir con él.
Vereis el labio mio
que se sonreirá,
los tintes de la dicha
mi tez colorarán,
y aunque del alma mia
salir pretenda un ¡ay!
señor, yo os juro
que no saldrá:
seré insensible,
seré glacial.

ROD. Dios te bendiga
por tu bondad.

ESCENA XVII.

DICHOS y MATIAS, del fondo derecha, acalorado.

DECLAMADO.

MAT. Yo quiero sangre, exterminio:
muy buenas tardes.

ROD. ¿Qué pasa?

MAT. Poca cosa: necesito
que me enseñe usted las armas
y una estocada que *rist*,
y al otro barrio.

ROD. Ya basta
de ver visiones.

MATIAS. ¡Visiones!
¿Visiones, eh? Solo falta
que tambien usted...

ROD. ¿Qué ocurre?

MATIAS. Figúrese usted que estaba
meditando en abstraccion
á la sombra de una parra
la suma de los quebrados,
cuando á poco oigo pisadas
menuditas... menuditas...
¡ya se vé, como la ingrata
tiene aquel pie tan chiquito!...
y yo me decia en babia:
¡esta viene aqui por mí.
y en efecto, no lo erraba,
venia... pero por otro,
porque ¡paf! Cátate en plaza,
como llovido del cielo,
el Ricardito de marras.

ADELA. (Con la rapidez de una exhalacion, con semblante y acento de punzante dolor. Entonacion aguda.)
¡Él!

ROD. (Bajo á Adela refrenándola.)
¡Niña!

ADELA. (Haciendo una violenta transicion con una sonrisa forzada, y recogiendo la entonacion para acercarla á la natural.)
¿Él?

MATIAS. Si, señora,
el mismo que viste y calza.
En desórden el cabello...
los ojos hechos dos ascuas...
me estaba haciendo el efecto
de un borron en una página.

ADELA. (Con los mismos efectos que antes.)
¿Qué la dijo?
(D. Rodrigo la refrena con la mirada y el gesto, y Adela hace el mismo cambio de antes.)
¿Qué la dijo?

MATIAS. Como yo estaba á distancia
no lo sé, pero le haria
una disertacion manca,
con diez períodos cojos
y cien faltas de gramática,
que hasta ella repararia,

porque al fin se echó á sus plantas,
y buscando en el epílogo
su efecto, le dió una carta,
que yo muy fundadamente
creí que ella no aceptara,
como en efecto... aceptó.

ADELA. ¿Y bien?

MATIAS. Yo me acerqué á gatas
para cerciorarme bien,
y solo oí estas palabras:
«Dentro dos horas, ¿entiendes?
Dos horas: házme esta gracia.»
Cuya gracia á mí me hacia
la misma que una pedrada;
y se fué, y entonces yo
me lancé ciego de rabia...

ROD. ¿Detrás de el?

MATIAS. No, detrás de ella,
y le arrebaté la carta,
y ahí vá, para que usted vea
que no tengo cataratas.

ROD. (Tomándola.)
¿Á ver? Si el sobre es á mí.

MATIAS. (Sorprendido, mirando alternativamente al sobre y á D. Rodrigo y retirándose rascándose la cabeza.)
Pues es verdad.

ROD. ¡Tarambana!
¡Cuando te decia yo
que tu cabeza está mala!

MATIAS. (Tentándosela.)
Puede que sí.

ROD. Anda á buscar
á Ricardo sin tardanza,
y díle que yo le llamo,
pero corriendo.

MATIAS. (Marchándose.) En volandas.

ESCENA XVIII.

ADELA, sentada, apoyando la cabeza en la mano y al codo en la mesa. D. RODRIGO contemplándola y acercándose á ella.

ROD. Tú, que tienes buena vista,

házme el favor de leer.
Entre marido y mujer
no quiero que nunca exista
secreto alguno.

ADELA. (Abre, y lee.) «Señor,
»conozco que os he ofendido,
»y recuerdo que habeis sido
»mi padre, mi bienhechor.
»Vuestra indulgencia reclamo:
»conocí á Adela, y la amé
»antes que os diera su fé;
»mas nunca la he dicho: «os amo.»
Y es verdad.

ROD. Sigue.

ADELA. «No trato
»de ocultaros mi dolor:
»soy muy infeliz, señor,
»pero no soy un ingrato:
»mi expiacion me alcanzará
»vuestro perdon y el de ella:
»la muerte no deja huella...»

ROD. ¡Gran Dios!

ADELA. (Rápido y desesperado.)
¡Vá á matarse!
(Al dar el primer paso para precipitarse hácia fuera, se vé venir por la reja derecha á Matias y Ricardo, muy demudado, pero digno: al distinguirle Adela se repone de repente, procurando dominar su agitacion, secando sus ojos y gobernando su fisonomia, pero todo como una exhalacion.)
¡Ah!

ESCENA XIX.

DICHOS, MATIAS, RICARDO por la derecha, y MARIA.

MATIAS. Aqui está; ya le encontré.

RICARDO. Matias me dió un recado...

MARIA. Señorita, ya han llegado
las compañeras de usted
para el baile.

ADELA. (Procurando sonreir.)
Bien, ya voy.

ROD. (Á Ricardo.)
Mi esposa y yo, antes de irte,
queriamos despedirte,
puesto que te marchas hoy.
¿No es verdad? (Á Adela.)

ADELA. Sin duda alguna.

ROD. (Á Ricardo.)
Ya lo escuchas.

RICARDO. ¡Don Rodrigo!...

ROD. El adios de un buen amigo
presagia buena fortuna.

RICARDO. Uno tuve solamente,
y harto, señor, sabeis vos...

ROD. Yo sé que aqui tienes dos:
¿no es verdad? (Á Adela.)

ADELA. Seguramente.

ROD. Y en fé de nuestro interés
por tí, echaré en olvido
tu carta, que he recibido...
(Movimiento de impaciente acusacion de Ricardo á Maria, que advertido por D. Rodrigo dice con gravedad.)
Mas vale antes, que despues.

RICARDO. Señor...

ROD. Tu genio vehemente
te ofusca en mitad del dia,
y has puesto una tonteria
que condeno sériamente.
(Se dirige al pupitre, y en la misma carta de Ricardo escribe unas palabras, y vuelve á cerrar la carta, que presenta á Ricardo.)
Toma: de mi afecto en pago
y á instancias de mi mujer,
tendrás la bondad de hacer
un encarguito que te hago,
y en mi gratitud confia:
y con esta condicion
te vuelvo mi estimacion.

RICARDO. ¡Ah, señor!

MATIAS. (Con énfasis.) Y yo la mia.

ROD. Vamos al baile, que quiero
que todos disfruten hoy.

RICARDO. ¡Don Rodrigo!...

ROD. Al baile voy.
Adios... adios... (Se apoya en Adela.)

ADELA. (Haciendo una reverencia, con voz muy débil, dice.)
Caballero...

(En el momento que D. Rodrigo echa á andar, Matias ofrece con cómica dignidad su brazo á Maria, y echando una mirada de triunfo á Ricardo, que este no repara, se vá tambien por el fondo. La música empieza á preludiar sordamente el motivo de la frase de la romanza, que no llegará al fuerte hasta terminar las palabras y el cuadro que sigue.)

RICARDO. ¿Por qué me deja perplejo
la débil voz de un anciano?
Querrá que viva, es en vano.
(Abre la carta y lee.)
«Espera, ya soy un viejo.»
¡Ah! no lo permita Dios,
si en eso mi dicha estriba:
¡que viva, Señor, que viva!

(En este momento D. Rodrigo aparece en el fondo izquierda, y desprendiéndose de Adela, se acerca á la reja y con cariñosa ternura dice:)

ROD. ¡Adios, Ricardito, adios!

(Ricardo corre á besarle la mano de rodillas, de la parte de acá de la reja, mientras Adela levanta el brazo izquierdo de D. Rodrigo, y pasando su cabeza por debajo lo sostiene cariñosamente en su hombro, le seca las lágrimas, y echa á andar con él sirviéndole de apoyo. La frase musical llega á su fuerte y cae el telon.)

FIN DE LA ZARZUELA.

He examinado esta zarzuela y no hallo inconveniente en que se autorice su representacion.

Madrid 12 *de abril de* 1861.

El censor de teatros.
ANTONIO FERRER DEL RIO.

n 1818.
vista de pájaro.

Blanco.
se entiende, ó un hom-
ido.
contra nobleza.
to oro lo que reluce.

de enmienda.
rio revuelto.
y por él.
das las de honor, ó el
vio del Cid.
erta del jardin.
caballero es D. Dinero.
reniales.

vido al Coronel!...
icho abarca.
te la mia!
el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo.

Su imágen
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro (*Patron de Madrid.*)
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena..

Tales padres, tales hijos
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.

Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato á quema ropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un sí y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

y Medoro.
buena ley.
as feo.

la Gitana.
Marte.
Flora.

ndo.
quita.
nto, ó el Alcalde pro-

ler.
no.
de una ópera.
o y la maja.
el hortelano.
y en Marruecos.
n la ratonera.
mono.
e carnaval.
(drama lírico).
on de la Rioja (*Música*

El Vizconde de Letorieres.
El mundo á escape.
El capitan español.
El Corneta.
El hombre feliz.

Juan Lanas. (*Música.*)

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. (*Música.*)
Los dos Flamantes.
La modista
La colegiala.
Los conspiradores
La espada de Bernardo
La hija de la Providencia.
La Roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.
La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.

La Jardinera. (*Música.*)
La Toma de Tetuan.
La cruz del Valle.

Mateo y Maica.
Moreto. (*Música.*)

Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.

Tal para cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.

ecion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40,
undo de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Robles.
Albacete	Perez.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Almenara.
Alicante	Ibarra.
Almeria	Alvarez.
Avila	Palomares.
Badajoz	Rino.
Barcelona	Hered.ª de Mayol.
Idem	Cerdá.
Bejar	Coron.
Bilbao	Astuy.
Burgos	Hervias.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	V. de Moraleda.
Cartagena	Muñoz Garcia.
Castellon	Perales.
Ceuta	Molina.
Ciudad-Real	Arellano.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Garcia Alvarez.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Garcia.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico	Mestre.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Verdejo.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Taboadela.
Idem	Cañavate.
Mataró	Abadal.
Murcia	Hered. de Andrion
Orense	Robles.
Orihuela	Berruezo.
Osuna	Montero.
Oviedo	Mántaras.
Palencia	Gutierrez é hijos
Palma	Gelabert.
Pamplona	Barrena.
Pontevedra	Verea y Vila.
Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Meneses.
Sanlúcar	Esper.
Santa Cruz de Tenerife	Power.
Santander	Laparte.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Mengol.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Alvarez y Comp.
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Pujol.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	Moles.
Valladolid	H. de Rodriguez
Vigo	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú	Creus.
Vitoria	Galindo.
Ubeda	C. Treviño.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	V. de Heredia.